

tos, tanto de palabra como por escrito, se habian lanzado en París y otras ciudades de Francia que seguian su ejemplo contra el difunto rey, se innovaron ahora contra Enrique. Volvieron á tronar los púlpitos; volvieron á resonar en las bóvedas de los templos, en las calles y plazas los nombres de rey Herodes y tirano, de enemigo de la religion, de hipócrita, de sentina de vicios y desórdenes. Los Diez y seis, la Sorbona, la municipalidad, en vez de templar atizaban mas y mas el fanatismo de la muchedumbre. Se adheria el Parlamento á esa política, aunque no de un modo tan enérgico; la fomentaba con ahinco el Consejo de la Union, tan interesado en la exclusion del de Navarra. ¿Irian con una conversion á perder el fruto de tantas intrigas, tantos manejos y tantos sacrificios? Despues de tanta sangre derramada por la preservacion de la fe católica, ¿se la encomendaria á la custodia de un maldito calvinista? ¿Seria rey Cristianísimo de Francia el enemigo encarnizado de la Iglesia? ¿Bastaria para espiar tantos crímenes una conversion forzada en que el de Navarra sacrificaria probablemente á intereses mundanos su conciencia? ¿Qué confianza podia inspirar á los buenos católicos esta abjuracion forzada de un relapso? Tal era el testo de todos sus discursos.

En cuanto al rey de España, no podia menos de ser el eco, el fomentador, si no el alma de tan acaloradas manifestaciones. Con la conversion de Enrique se le trastornaban sus planes de política, se le inutilizaban cuantos sacrificios hacia y habia hecho. Tenia que renunciar á la esperanza de purgar el suelo francés del calvinismo, que abandonar la idea de dominar la política de aquel, ya por sí mismo, ya indirectamente. Hasta entonces no habia manifestado pretensiones á la sucesion de la corona en nombre de su hija Isabel Clara Eugenia como heredera de Isabel de Valois, hermana mayor del rey difunto; mas sea que aspirase á esta abolicion en su favor de la ley sálica, sea que se contentase con que se enlazase dicha infanta con el jóven duque de Guisa cuando recayese en

sus sienes la corona, como era sin duda el plan del Consejo de la Union, debia de renunciar á todo en caso de que la conversion de Enrique satisficiera como era natural á los que se contentaban con que no fuese calvinista. A imposibilitar esta conversion, á presentarla como sumamente sospechosa, á manifestar que nunca correria la religion católica mas riesgo que cuando mandase en Francia un rey con este manto disfrazado, se aplicó en un todo su política. Al embajador en París, que lo era entonces el duque de Feria, envió nuevas instrucciones, ofreciendo su proteccion y nuevas dádivas. Al duque de Mayena, á los demas principes de la casa de Guisa, á los miembros mas influyentes del Consejo de la Union y de la liga, envió igualmente cartas de amistad y de amonestacion, haciéndoles ver las calamidades que preparaban al pais á caer en el lazo de la conversion que les armaban. Tambien movió los resortes de la córte de Roma, haciendo que le presentasen en París un legado para mantener vivos los sentimientos de intolerancia y tener á los habitantes bien en guardia contra las asechanzas del partido medio.

Con este choque tan diverso de naciones, con incompatibilidad tan positiva de intereses, no habia mas medio que el de continuar la guerra. La muerte de Carlos X que ocurrió por aquel tiempo, no influyó por el pronto en ningun cambio de negocios. Reasumió por el pronto el Consejo de la Union las riendas del gobierno que nunca habia llevado el rey Cardenal, habiéndole cogido la muerte en la prision donde le tenia su sobrino.

A muy poco despues de la batalla de Ivry, se movió rápidamente Enrique de Navarra con sus tropas vencedoras sobre los muros de París, y como el ejército de Mayena habia sido completamente destrozado, se atrevió el rey á poner formal sitio á la inmensa capital, suponiendo que se hallarian abatidos los ánimos con tan grande pérdida. Mas no sabia de cuánto horror era objeto su persona, ni los sentimientos de valor y audacia que den-

tro de aquellos muros fermentaban. Se hallaba París casi sin ejército, mas suplieron esta falta, la actividad, el entusiasmo y el tino con que la municipalidad y los cuartenarios organizaron los medios de defensa. Son admirables las disposiciones, los infinitos pormenores de las instrucciones que dieron á los jefes de los diferentes puestos, y el encadenamiento con que estaban ligadas las partes de tan inmensa máquina como la defensa de una vasta capital, cuyas fortificaciones no se hallaban en muy buen estado. Todos los ciudadanos admitieron gustosos el cargo que como á militares se les encomendaba, y con el mayor entusiasmo volaron á sus puestos. A estos medios materiales de defensa se añadieron los que en semejantes guerras suministra la pasión de partido, el odio al que trata de erigirse en dominador, el fanatismo, en fin, civil y religioso. Adquirió éste, si era posible, nuevo pábulo con la presentación de los enemigos. Circularon nuevos folletos y canciones marcadas con el sello de la virulencia que distinguía aquella época. Se volvieron á llenar los templos de católicos que pedían al cielo el estermio de los calvinistas: volvieron á tronar en los pulpitos los oradores mas fogosos de la liga, presentando á Enrique de Navarra como el enemigo mas feroz de Dios y de la Iglesia, brindando con la corona del martirio y abriendo las puertas del cielo á cuantos sellasen con su sangre la defensa de la fé católica. A cada hora circulaban en París procesiones de penitentes en que llevaban el Santísimo, á las que concurrían muchos eclesiásticos, sobre todo frailes, con el Crucifijo en una mano y agitando una espada ó un puñal con la otra. Nada faltaba, pues, de cuanto podia contribuir al heroismo sublime, al frenético furor de una defensa. En medio de demostraciones tan hostiles y tan enconadas, sufría París todos los horrores del hambre y falta de otras cosas necesarias á la vida, pues Enrique de Navarra temiendo por imprudente, y en efecto lo era, atacar á viva fuerza aquella inmensa población contra él exasperada, habia con-

vertido el sitio en un bloqueo tan estrecho y riguroso que privaba á París por tierra y agua de todas sus comunicaciones. En varias historias se hallan los pormenores de los apuros en que puso á París un cerco tan estrecho, sin que sus habitantes reducidos á la desesperacion quisiesen dar oidos á diferentes proposiciones de avenencia que Enrique, unas veces en tono de persuasion, y otras con el de amenaza, les hacia. Se habla de gentes muertas de hambre por las calles, de personas que acosadas de la desesperacion se llegaron á alimentar de carne humana. Todo es creible de tan considerable población á tantos apuros reducida. Mas es un hecho histórico que en tan duros conflictos no se abatió el valor de los habitantes de París, ni bajó de punto el fanatismo religioso que consideraba en el de Navarra el enemigo de Dios y de los hombres. Ya se hallaba éste vacilante, dudoso del partido que debia tomar, irritado por una parte con tan feroz determinacion, y atormentado por la otra con la idea de que se le acusase de ser el exterminador del vecindario de su misma capital, ó á lo menos de la que como suya contemplaba. No se podia preveer el partido que tomaria, ni la definitiva consecuencia de la obstinacion y furor del pueblo de París, cuando se convirtió este luto en júbilo al saberse como cosa cierta que se acercaba el salvador porque estaban hacia tanto tiempo suspirando: el duque de Parma.